



Padre Gerardo Arango Puerta, S. J.
(1935-2012)

Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos. Pero hay los que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles.

Bertolt Brecht

He querido escribir este mensaje para las nuevas generaciones de médicos, profesores, estudiantes de pre y posgrado, administrativos y personas del Hospital que no tuvieron el privilegio de conocer al padre Gerardo Arango Puerta, S. J.

En este año en que celebramos los setenta años de nuestra Facultad y del sueño de la construcción del Hospital San Ignacio, vale la pena conocer, reconocer, recordar y agradecer a todos aquellos que han sido parte importante de nuestra historia, y por esto y tal vez por la tristeza que nos embarga, pensé en escribir este mensaje, como una forma más de rendir un tributo a alguien que fue tan importante para el Hospital y la Facultad de Medicina.

El padre Gerardo Arango llegó con una misión a la Dirección del Hospital San Ignacio en 1986, en un momento muy difícil y crítico para la institución, cuando su viabilidad era poco posible: salvar el hospital. Desde 1986 y hasta 1989, como director, y desde 1989 hasta 1998, como rector de la Universidad, trabajó incansablemente por el Hospital y la Facultad.

El padre Arango era un visionario, un soñador, un hombre lleno de retos e ideales, con una capacidad inigualable de trabajo, comprometido y entregado a sus tareas, pero sobre todo un ser humano excepcional, un gran sacerdote, un jesuita a carta cabal.

Desde su llegada la Hospital, él convenció a todos los que en esos momentos difíciles éramos parte del Hospital y de la Facultad que valía la pena montarnos en la misma bar-

ca, remar con fuerza sin desfallecer y como uno solo llegar a la orilla, porque salvando el Hospital, la Facultad tendría un futuro de excelencia asegurado. Nos convenció de que era necesario luchar en grupo, ponernos la camiseta y trabajar en equipo. Fueron muchas las tareas, las acciones, las actividades y las horas de trabajo que realizamos bajo su orientación y tutela. Nos hizo soñar con él y trabajar a su ritmo; nos escuchó y nos apoyó en la realización de muchos proyectos. Y en esas tareas se construyeron grandes lazos de amistad, de fraternidad y de compromiso que perduraron hasta sus últimos días. Quiso al Hospital y a la Facultad entrañablemente.

Una de sus mayores preocupaciones y, por ende, de sus mayores enseñanzas fue el respeto por la vida, el significado del valor y la dignidad de las personas, el sentido humano, el respeto mutuo, la generosidad con el otro, el amor y el cuidado por los pacientes. Esto debía trascender a las futuras generaciones. Nos enseñó a pensar que éramos capaces, que si trabajábamos con empeño, confiábamos profundamente y teníamos fe en Dios, podríamos lograrlo. Siempre un pensamiento a Dios en cada acción.

Como rector de la Universidad y después desde los sitios donde estuvo, en los cargos que desempeñó, siempre llevó en su corazón a su hospital, a su facultad, y por esto permanentemente se preocupó por lo que hacíamos y cómo lo hacíamos. Siempre tuvo un consejo oportuno, una idea, una propuesta, una pregunta, un cuestionamiento, una crítica constructiva, para ayudarnos a ser cada día mejores.

Todos aquellos que tuvimos el privilegio de conocerlo podemos recordar, con afecto, su sonrisa, su optimismo, sus palabras cálidas y oportunas, su apoyo, sus consejos, sus enseñanzas. Podríamos decir que, de alguna manera, fue un ser especial con cada uno.

La Facultad de Medicina siente profundamente su partida y queremos que las futuras generaciones de médicos sepan quién fue para nosotros el padre Gerardo Arango y entiendan la importancia de su legado. Él será siempre parte de nuestra historia y, como a muchos que nos han precedido, lo recordaremos con profunda gratitud, reconocimiento y afecto.

Tal vez hoy ustedes entiendan por qué pensaron que, seguramente, el padre Arango hubiera querido despedirse de su Hospital, de su Facultad y de su Universidad; por esto, en la puerta de la institución que él tanto quiso, tuvimos la oportunidad de rendirle un pequeño homenaje y un sentido adiós.

Hoy damos gracias a Dios por el privilegio de haberlo conocido y por haber permitido que fuera parte muy importante de estos setenta años de historia.

Mary Bermúdez Gómez, MD, MSc
Decana académica, Facultad de Medicina

EDITORIAL

Por considerarlo un texto de profundo significado que, además, invita a reflexionar sobre nuestro quehacer como docentes y profesionales de la salud, cedemos el espacio del editorial para reproducir el discurso de grado de la PROMOCIÓN DE MEDICINA 2012-1 DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA.

Luis Fernando Jaramillo G., MD, MSc
Editor

Discurso de grado de la Promoción de Medicina 2012-1 de la Pontificia Universidad Javeriana

Al designar a una persona para dar un discurso de grado se espera de ella palabras grandilocuentes y hermosas, lucidez para englobar un sentimiento compartido y un tono solemne que capture la grandeza del momento. Yo no voy a hacer eso. O, al menos, no es mi intención. Si me lo permiten, me gustaría que habláramos de ciertas cosas que nos competen a todos y que de alguna forma nos congregan hoy en este recinto.

Quisiera que habláramos de tres cosas. No más, no menos. Quisiera que habláramos de por qué estudiamos medicina, qué nos hace médicos y qué nos regala, al final, nuestra profesión.

* * *

Las cosas nunca han sido fáciles para los médicos. El Código de Hammurabi, el primer compendio de leyes de la historia, establecía que si un médico causaba algún mal a su paciente se le debían cortar ambas manos. Si el mal que le causaba al paciente era la muerte, el médico debía pagar el error con su propia vida. En la antigua China

se creía que cuando el médico sanaba a un enfermo, la energía negativa que había causado la enfermedad del paciente pasaba a él y lo contaminaba. El médico pasaba a ser entonces un paria, una persona tiznada que la gente rehuía para no infectarse, por lo que nuestros colegas de aquel entonces tenían que vivir en las zonas marginales de las ciudades para no importunar a los demás. Se convertían en proscritos.

Bueno, dirán algunos, menos mal que nacimos en esta época. Pero lo cierto es que las cosas no han mejorado mucho para nosotros, al menos no en lo que se refiere a calidad de vida. Los índices de suicidio, alcoholismo y tabaquismo son mayores en nuestro gremio en comparación con el resto de la población. En *Doctores*, la novela del escritor Erich Segal, el personaje principal, médico psiquiatra, escribe un libro del mismo nombre en el que nos llama, no de manera inescrupulosa, “Los curanderos heridos”.

En un escrito fascinante titulado *Consejos de Esculapio*, el dios griego de la medicina insta a los aspirantes a médicos a pensárselo dos veces antes de optar por dicha profesión. El autor, a través de Esculapio, enumera uno a uno los gajes del oficio, entre estos, pertenecer a los demás antes que a uno mismo, no poder aparentar inseguridad cuando la duda nos asalte, no demostrar fastidio o impaciencia cuando requieran nuestro trabajo y ver los pormenores más sórdidos de la condición humana. Un cuadro bastante halagüeño, ¿verdad?

Pues bien, con un panorama semejante uno podría preguntarse: ¿quién diantres puede querer estudiar medicina?; pero, paradójicamente, el número de graduandos médicos por año se ha duplicado en el último lustro. La pregunta lógica es ¿por qué?

Ciertamente, la influencia de nuestros padres es una razón. Muchos de nosotros tenemos una madre o un padre médico; crecimos viéndolos llegar del trabajo con la bata al hombro o debajo del brazo, y al sentarnos a la mesa nos fascinábamos escuchando sus historias. No menos importante es la influencia mediática, que la mayoría de las veces vende la imagen del médico como un héroe moderno que cambió la capa y la espada por la bata y el estetoscopio. La literatura está plagada de médicos románticos, heroicos, dibujados como seres altruistas que anteponen el bienestar de sus pacientes al propio. Y ni qué decir de películas como *Patch Adams*, que habrá hecho llorar a más de uno de los presentes, o de series televisivas como *ER*, que abarcaron casi toda nuestra adolescencia. Muy pocos libros, como *La casa de Dios*, nos dibujaron a un médico de carne y hueso que se abría paso entre la vida y la muerte, avanzando con tímida cautela para no tropezar en las trampas de su profesión.

Por otra parte, detrás del famoso y siempre tergiversado título MD se esconden promesas atractivas como el reconocimiento y la fortuna. La medicina, por ser una de las ciencias más antiguas, es también una de las más respetadas, y todos los que la estudiamos hemos experimentado la admiración y el morbo que despierta en los demás. Pero también es claro que hay muchos otros caminos, significativamente más cortos y con menos espinas, que nos pueden llevar al reconocimiento de la gente. En este sentido, el que estudió medicina solo para granjearse una reputación no fue muy inteligente. Y el que lo hizo para hacerse rico, bueno, ese la sacó del estadio.

Entonces ¿qué nos impulsó a lanzarnos en esta empresa quijotesca de luchar contra la enfermedad, el dolor y el sufrimiento? ¿Será acaso que las más de setenta personas que recibirán el título hoy están fuera de sus casillas? O ¿se tratará de un caso sin precedente de locura compartida?

Es difícil decirlo. Solo sé que todos los aquí presentes no cambiaríamos de profesión por nada del mundo. También sé que cuando un paciente nos regala un “gracias” sincero, cuando alguien a quien la enfermedad le quitó la capacidad de hablar nos aferra con una mano trémula y nos mira a los ojos para transmitirnos un mensaje sordo o cuando pronunciamos un intuitivo e inespecífico “¿se siente bien?” y la persona que tenemos enfrente se desata en lágrimas y nos abre su corazón, entonces sabemos por qué estudiamos medicina.

* * *

Pero ¿qué nos hace médicos? Algunos días atrás, al ponerme los zapatos, descubrí una manchita marrón oscuro en mi pie izquierdo. Era una mácula inofensiva que cualquier persona en sus cabales no habría tomado como nada diferente a eso; pero yo, al verla, pensé inmediatamente en un melanoma lentiginosa acral. Asustado, me remití a mi padre, que también es médico, para que me diera su opinión. “Papá”, le dije, “tengo un melanoma lentiginoso acral”. Mi papá alzó los ojos de la revista que estaba leyendo y soltó una carcajada. “¿De veras?”, replicó mordaz. Indignado por su burla, alcé el pie y le mostré la mancha. Mi padre la observó de refilón, sonrió como un viejo lobo de mar, y me dijo sin darle mayor importancia: “es una ampolla”. Volvió sobre su revista y dio por zanjada la cuestión. En ese momento me sentí ultrajado, intelectualmente y en mis sentimientos. ¿Cómo podía tratarse de una ampolla? ¿No se daba cuenta de que esa mancha era el signo de un incipiente y peligroso mal?

Los días siguientes me los pasé observando la mancha en mi pie. Mi padre no hacía más que burlarse de mí; pero a mi madre le preocupaba que se me hubiera corrido una teja. Me atormentaba que la muerte hubiera ido a buscarme tan joven,

cuando ni siquiera había ganado mi primer sueldo como médico. El alivio me llegó un día cuando, al secarme los pies luego de salir de la ducha, descubrí que donde antes estaba la mancha ahora había una simple y vulgar ampolla. Lo primero que pensé, al recordar las palabras de mi padre, fue: “Se las sabe todas”. También me acordé de un profesor de semiología que alguna vez nos dijo: “si escuchan ruido de cascos por la ventana, piensen en un caballo, no en una cebra”. Pues bien, ese supuesto melanoma fue tal vez mi más grande y linda “cebra”.

Todos los presentes hemos tenido una “cebra”. Sé de un compañero que en décimo semestre ya se había sacado siete lunares por la misma historia del melanoma; de otro, al que le dio una simple ronquera y mandó a hacerse una laringoscopia porque estaba seguro de que tenía un carcinoma. Muchos de los que están sentados ahí —y tranquilos, no los nombraré— se sacaron radiografías de tórax por una gripa común y corriente, porque habrían apostado un meñique a que habían agarrado una neumonía. Y una de mis “cebras” favoritas: varios pensaron que tenían un tumor cerebral, solo porque les dio un dolor de cabeza algo más fuerte de lo común.

Es verdad. Las “cebras” y la hipocondría, que siempre van de la mano, acompañan al médico y al estudiante de medicina. Sobre todo a este último. Por eso la risa de mi padre. Él también había sido estudiante y habrá sido víctima de la hipocondría médica en más de una ocasión. En mi locura se debió haber visto reflejado a sí mismo veinte años atrás.

Y así podríamos sacar muchas cosas que nos definen, aunque de forma indirecta, como médicos. Entre estas, el humor negro que siempre sale a flote por más que tratemos de mantenerlo a raya, esa tendencia a exagerar la falta de tiempo que nos da cierto protagonismo con nuestros amigos, y ¿por qué no?, ese ego que no es más que un intento por esconder nuestra inseguridad, no solo ante el paciente, sino ante la vida.

Y dentro de estas cosas están los momentos vividos. Que son aún más importantes, porque nos determinan no solo como médicos, sino como médicos de nuestra Facultad: la primera vez que nos enfrentamos a la disección de un cadáver; la campana del Dr. González, cuyo sonido nos aflojaba el estómago antes de los parciales de anatomía y que siempre me recordó al experimento de Pavlov; los paréntesis que hacía la Dra. Paris para recalcar que la medicina estaba al servicio de la vida y no al revés; las bromas de la Dra. Sánchez; los madrugones para asistir a las clases chistosas y eruditas del Dr. Santacruz; los escalofriantes martes de *quiz* de patología; las tardes en “la playita”; los exámenes en chino de fármaco; la primera vez que nos acercamos,

como ratones tímidos, a hacerle la historia clínica a un paciente; los preparatorios; los ratos libres en el sexto, y las mil y una “primiparadas” que en medicina son mucho más abundantes que en cualquier otra profesión. Todo esto, claro, sin contar la locura del internado, un episodio de nuestra formación que por sí solo daría para escribir un libro.

Pero lo que nos hace médicos es mucho más esencial. Mucho más profundo. Lo que realmente nos hace médicos, en mi humilde opinión, es el privilegio de poder ver la cara más pura y sincera de la condición humana.

William Carlos Williams, médico y pediatra norteamericano, fue también uno de los escritores más importantes de su época. Muchas veces se le preguntó cómo podía conciliar dos disciplinas tan exigentes como la medicina y la literatura. En *La práctica médica*, un capítulo de su autobiografía, escribió:

[...] como escritor nunca he sentido que la medicina fuera un estorbo, sino que más bien ha sido un alimento, un acicate que verdaderamente ha hecho posible que yo escribiera. ¿Acaso no era el hombre lo que me interesaba? Allí estaba la cosa, justo delante de mí. Podía tocarla, olerla. Era yo mismo, desnudo, tal cual, sin aderezos. [1]

Al ponernos delante del ser humano, la medicina nos acerca a nosotros mismos, nos encamina a la respuesta de una pregunta que la filosofía ha tratado de responder durante milenios: ¿quiénes somos?

El médico, a pesar de sus problemas, a pesar de los peligros inherentes a su arte, es un ser elegido. Y si alguno ve prepotencia o vanidad en estas palabras, se equivoca. Pocas, muy pocas personas tienen la oportunidad de presenciar los momentos más cruciales de la vida: el nacimiento y la muerte; pocos pueden abrazar la esencia del ser humano de una forma tan genuina e inmediata, porque ni el mismísimo Adriano, emperador de Roma, al despojarse de su túnica frente a Hermógenes, su médico personal, pudo ser algo distinto a un simple mortal. Pocos son capaces de verse a sí mismos tan claramente en los ojos del otro; pocos, en fin, gozan de estos privilegios.

Son ellos los que nos hacen médicos.

* * *

1

Williams C. Historias de médicos. Barcelona: Montesinos; 1995.

Por último, me gustaría hablar de qué nos deja nuestra profesión. Para ello, quisiera remitirme a algo que me sucedió durante la práctica de pregrado. De antemano les pido disculpas por referirme tanto a mí mismo. Créanme que no lo haría si no pensara que en mis vivencias ustedes pueden ver reflejadas las suyas.

La persona que más he querido en el mundo es mi abuelo, un hombre íntegro que durante toda su vida fue pilar y guardián de su familia. Hasta que un día le diagnosticaron Alzheimer. La mayoría de los presentes sabe lo dramática que es esta enfermedad, así que no es necesario entrar en detalles. Solo diré que fue devastador ver a la persona que tanto admiras, a tu héroe personal, desmoronarse delante de tus ojos. Al final, la enfermedad acabó con él y lo llevó a la tumba.

Hace algunos años, en consulta de neurología, llegó un señor de unos setenta años bien puestos. Recuerdo que tenía los ojos azules y llevaba una boina café. Venía acompañado por su nieta y ambos se sentaron delante del neurólogo. Con unas cuantas frases comprendimos lo que pasaba. Aquella era la segunda consulta de aquel hombre. Había empezado a padecer pérdida de la memoria desde hacía un año, pero desde hacía unos meses no recordaba dónde dejaba las cosas. Luego de escuchar la historia y analizar los exámenes pertinentes, con toda la humanidad que se espera de alguien que va a dar una noticia semejante, el neurólogo dio su veredicto: aquel hombre padecía de Alzheimer. A continuación explicó el tratamiento y las expectativas del cuadro, todo con una sensibilidad y tacto increíbles.

El señor escuchaba con tranquilidad, mientras la nieta retenía las lágrimas con aire altivo y cerraba los puños con impotencia. Cuando el doctor terminó su explicación, la joven comenzó a atacarlo. Puso en tela de juicio su dictamen y su habilidad médica, tildó al neurólogo de embustero y trató de humillarlo. Sentía ira y frustración, rencor hacia la vida. Entonces sucedió algo asombroso. Su abuelo, que hasta ese momento se había limitado a escuchar con impavidez, alargó una mano blanca hacia la joven y la colocó sobre la suya. La vio a los ojos con una tranquilidad sobrecogedora, y dijo con estoicismo: “Tranquila, hija. Yo ya viví lo que tenía que vivir”.

Tranquilo, hijo. Yo ya viví lo que tenía que vivir.

Esas habrían sido las palabras de mi abuelo si la enfermedad se lo hubiera permitido. Al escucharlas, el nudo que se había cerrado desde que murió, por fin, se soltó y me dejó respirar. Aquel día, la medicina me regaló el descanso que no había conseguido en mucho tiempo.

Creo que lo más grande que nos deja la medicina es lo siguiente. Nos ubica. Al mostrar nuestra fragilidad e insignificancia, pone en perspectiva nuestras vidas y nos da un lugar en el enorme conjunto de la humanidad. Nos enseña que la pequeña con leucemia que está triste porque se le cayó el cabello puede ser nuestra hija; que el joven de diecinueve años que está condenado a morir por un extraño tipo de cáncer gástrico puede ser nuestro hermano; que la madre que, luego del terrible trabajo de parto, recibe a su niño y se da cuenta de que está muerto puede ser nuestra madre; que el hombre que se intentó quitar la vida porque lo perdió todo es al mismo tiempo nuestro padre, nuestro tío o nosotros mismos.

Paracelso postuló alguna vez que el principio fundamental de la medicina era el amor. Y no es difícil deducir por qué. Amar es olvidarse de uno mismo o, dicho de otra forma, reconocer que el otro existe. En este sentido, solo el que practique este poderoso principio puede llamarse médico, pues únicamente así puede ejercer con maestría su profesión.

* * *

Hemos hablado de tres cosas que, en el fondo, son muchas otras. También hemos compartido seis años de nuestras vidas juntos, es decir, lo que dura cualquier etapa importante en la existencia de una persona. Durante ese tiempo hemos estado en los salones de clase y en el hospital más que en nuestros hogares, por lo que, muy a nuestra manera, nos hemos convertido en una gran familia. Disfuncional y todo, pero una familia al fin al cabo. Una que queremos.

Por eso les pido que echen un vistazo a su alrededor. Miren bien y tomen una fotografía mental de las personas que están frente a ustedes, a su lado, detrás. Todas, de una u otra forma, hicieron parte de sus vidas por un instante. Los rostros de esas personas evocan algo en ustedes: alegría, tristeza, buen humor, amistad, humanidad, respeto, admiración... amor. En ellos reconocen sin dificultad al bromista del grupo, al que peleó contigo, al que te acompañó en ese turno infernal y lo hizo más ameno, al que se sabe tu vida al derecho y al revés, al que se inventó un cumpleaños para librarse de un turno, al que te ayudaba a estudiar los exámenes, al que te puso una mano en el hombro cuando lo hiciste bien, al que estaba a tus espaldas dándote ánimos cuando recibiste tu primer parto, al que salía con los comentarios imprudentes, al que te dio un abrazo cuando lo necesitaste, al que te dijo “¡ánimo!” cuando pensabas que ya no podías, al que estuvo ahí cuando lloraste, al cómplice de esta o aquella embarrada, al que te regaló su corazón, al que más que un amigo

fue un hermano. Y, sin embargo, muchos de esos rostros no los volverán a ver en años, algunos tal vez nunca más.

Vivimos momentos increíbles, es cierto. Momentos que forjaron lazos muy fuertes, algunos para toda la vida. Pero es hora de despedirnos. Con alegría, claro que sí, pero también con algo de tristeza, porque en el fondo sabemos que muchas cosas ya no volverán.

También es cierto que, a pesar de todo lo mencionado, apenas podríamos ser algo más que meros desconocidos. Por eso, me gustaría estar seguro de que todos estamos en sintonía. ¿Les parece?

Bien...

Si crees que la sonrisa de un enfermo o un gracias sincero reivindica años de trasnochos, trabajo duro y esfuerzo; si no cambiarías la medicina por nada del mundo a pesar de los sacrificios que encierra dicha profesión; si has vivido en carne propia algunas de las experiencias mencionadas; si consideras que ser médico es un privilegio que pocos, muy pocos tienen; si piensas que reconocer la propia insignificancia y la grandeza en el que sufre, en el que llora, en el que ríe al ser sanado, lo vale todo; si crees que el verdadero principio de la medicina es el amor... Entonces: amigo, hermano, compañero, colega... doctor. Yo te saludo y te digo ¡enhorabuena!

Porque el fin del principio, ha terminado.

Demos gracias a Dios.

Domenico Monachello A.
Bogotá, 26 de julio de 2012